

CAPITULO 25

Vivacissimo

En su camioneta, al cabo de unos días, aparecía Luis en la cabaña de Javier a buscar a Alondra. El profesor se mostraba taciturno, aunque lo disimulaba, mientras sonreía. Los hombres convinieron, aunque a regañadientes, después de disputas sostenidas en Carahue, donde permanecieron tres días bebiendo, que Alondra no pertenecía al mundo de ellos y debía marcharse.

Alguien la podía delatar y esa posibilidad, adquiría certeza. Las mujeres que acostumbraban dormir con ellos una vez al mes en la posada, y se hacían ilusiones matrimoniales, sabían de la existencia de Alondra y empezaban a sentir celos de quien les arrebataba el cariño de los dos amigos. No se iban a detener en averiguar su identidad. En una ocasión, Alondra le había comentado a Luis Onfrey quien era ella, y él respondió que lo sabía desde un comienzo.

Alondra, acompañada de un morral de viaje, abordó la

camioneta. Mostraba la impaciencia de ignorar si aquello se ajustaba a sus deseos. Al ponerse en movimiento el vehículo, Javier Alcántara levantó el brazo, para despedirla. Ella, respondió al gesto levantando su mano.

Enseguida, se desataba la melena y sonreía, como demostración de libertad, o para complacer a quien, de seguro, no volvería a ver. Prodigiosa mata de helecho silvestre, que crecía sin medida. A Javier le seducía observarla con el cabello suelto, como si fuese la protagonista de un cuento para niños.

En cierta oportunidad, la vio caer al suelo en el patio, pues Tintín la empujaba, porque quería jugar. Corrió a levantarla y al quedar ambos de pie, él quiso besarla en la boca, aquella boca insolente de miel virgen, pedigüeña, pero se retuvo. Alondra se limitó a agradecer la ayuda y se encaminaba al invernadero a cuidar los tulipanes, que había empezado a cultivar.

Ahora, hasta Tintín mostraba el desconsuelo animal y se mantenía echado a los pies del amo, mientras sus ojos de lealtad se oscurecían.

Javier juzgaba una locura si la pareja iba a viajar en medio de la tempestad y sugirió que esperaran hasta el día siguiente. Lo comentó primero con Alondra y después con Luis Onfrey, pero éste se jactaba de ser el mejor chofer de la región y

sonreía, mientras se restregaba las manos.

—Jamás le he temido a la tempestad, compadre. Más bien me excita manejar con lluvia. La idea es llegar temprano a Carahue como es el deseo de Alondra. Prometo manejar con cautela.

Tintín se puso a ladrar al sentir la presencia de la jauría imaginaria que tanto temía. Al salir Alondra al patio, dispuesta a abordar el vehículo, le acariciaba la cabeza al perro, cuya mansedumbre difería del enrarecido aire de esa hora. “Has sido un fiel compañero, Tintín”. Después dio una última mirada a la cabaña; abrazaba a Javier, pero no encontraba las palabras adecuadas para despedirse. Al final decidió darle un beso en la mejilla.

Al regresar Javier Alcántara al taller, después de presenciar cómo la camioneta desaparecía, halló sobre la mesa de trabajo, una esquela metida en un sobre, escrita por Alondra. Como la herida en su amor no le permitía reaccionar, no quiso leerla. Aunque la mantuvo por instantes en su mano y la examinaba, pues quería sentir la presencia de ondina, al final la arrojaba al fogón.

En segundos se hizo cenizas, y al ver el resultado, le produjo una morbosa satisfacción. El fuego, pertinaz adversario, se encargaba de reducir aquello al olvido, de donde

no se retorna.

Se sentó a la mesa del comedor y se puso a escribir, algo que ignoraba a quien iba dirigido: “Nunca estuve en el Taj Mahal. Si alguien me ha visto en el santuario del amor, se debe a una confusión. Sé de su historia y los detalles de su construcción, donde se dice que se ocuparon mil elefantes para trasladar el material, destinado a levantar el palacio. Pude en una época haber viajado a la India; el propósito, sin embargo, terminó en la nada.

Surgían compromisos, viajes a otros lugares y mi visita al templo del amor, se postergaba. Ahora, mi ánimo a viajar ha disminuido. Mis paseos, cuya frecuencia cada vez decrece, los realizo en las calles, alrededor de mi hogar. Cada cual idolatra su entorno, aunque no fuese el Taj Mahal. Llevan un palacio escondido en el corazón y yo creo tener uno que se llama, igual al nombre de mi amada”.

Prestíssimo

Luis Onfrey, quien a los quince años había tropezado con la muerte, conducía a Alondra a Carahue, donde ella iba a coger el bus rumbo a Temuco. Actitud temeraria sugerida por

la joven, pero no existía otra fórmula encaminada a burlar el cerco policial, activado en ese último tiempo.

Las fotografías que circulaban de ella y salían en los diarios de vez en cuando, distaban de ser cómo lucía en la actualidad, lo cual se convertía en ventaja. Si alguien la viese ahora, en nada se parecía a la bella Alondra, casi famélica de hacía más de un año.

Apenas Luis apareció en la cabaña y vio a Alondra, surgió entre ellos, aquella atracción que no se disuelve jamás, ni siquiera con la muerte o el abandono. Se observaban en silencio, sonreían y a menudo se apartaban, empeñados en hablar intimidades. ¿Cómo olvidar Javier el instante en que los sorprendió besándose, mientras habían ido a buscar leña al cobertizo?

Al principio, le produjo celos observar lo que juzgaba una traición de ambos, sin embargo, durante la noche mientras trabajaba en su taller, se puso a evaluar las circunstancias de ese encuentro y entendió la conducta de la pareja. Otra vez la juventud vencía, reverdecida bajo la intimidad. Ajena al tiempo. Distanciada de la moral burguesa. Ellos no vieron a Javier, aunque la cabra Choque empezó a tirar de la cuerda y a mugir. Enseguida, el amor.

A menudo, a Javier le rondaba aquella noche, en que

Alondra dijo sentir escalofríos y se recogía temprano a su habitación. Cuando él decidió acostarse en el taller, ella lo llamaba y le pedía que la cubriera con la manta mapuche que él usaba a veces, sobre todo cuando llovía.